

CAPÍTULO XV

La policía paraguaya á bordo del vapor. — Fortaleza de Cumaitá. — La guarnición. — Belleza sorprendente del país. — Aspecto de la Asunción. — Memorias monumentales de los jesuitas. — El obispo Cárdenas. — Fábula del reino de Paraguay. — Su verdadero origen. — ¿Cuándo fué mas feliz el Paraguay?

Habíamos dejado el río Paraná y entrado hacia dos horas en las aguas rojas del Paraguay, cuando una fortaleza erizada de cañones que descubrimos repentinamente nos hizo ver que estábamos en «Tres Bocas» y que navegábamos en territorio paraguayo. Un cañonazo disparado en el fuerte intimó á nuestro vapor parar su carrera, y un momento despues vimos acercarse á nosotros un bote con soldados que subieron á bordo. ¿Con qué objeto venian á bordo esos soldados? ¿Qué fin se proponia la autoridad que los enviaba? Son cuestiones que naturalmente se ofrecen á cualquiera, y nosotros vamos á referir lo que vimos, pues lo explica perfectamente. Todos los individuos que se encontraban á bordo del buque fueron llamados sobre su cubierta. El oficial, despues de

contarlos escrupulosamente, pidió á cada uno su pasaporte y examinó si estaban conformes las señales de este con la fisonomía del individuo que lo exhibia. Concluida esta larga tarea siguió otra no ménos molesta y que tuvo por objeto tomar razon de la cantidad de dinero que introducía cada uno. Cada pasajero debe presentar á los guardas sus onzas de oro y sin este requisito no podrá sacar ninguna suma al retirarse del país.

Los cañonazos del fuerte Cumaitá nos obligaron á parar por segunda vez. Un nuevo bote se acercó al vapor y el oficial que lo mandaba exigió se remitiesen al general de la fortaleza los periódicos extranjeros que viniesen á bordo. No pudieron levantarse las anclas de nuevo hasta que aquel jefe concedió el permiso. Mas liberal este que el comandante de «Tres Bocas» declaró que podian los pasajeros usar á bordo de sus anteojos de aumento que habia prohibido aquel de un modo terminante. La guarnición de Cumaitá se componia de cinco mil soldados y su jefe era hijo del presidente de la república. Esta es considerada como la plaza mas fuerte del Estado y lo defiende de cualquiera agresion por la parte del río. El general sacaba buen provecho de sus soldados cultivando con ellos las grandes haciendas que posee en aquel lugar.

Cuando leia yo las antiguas relaciones que sobre el Paraguay nos dejaron algunos de sus primeros misioneros, creia exagerado lo que se refiere de la vegetación rica y florida que allí ostenta la naturaleza. Pisando ahora el territorio paraguayo, lejos de encontrar exageradas esas relaciones, no cesaba de admirar el esplendor con que allí ostenta la providencia del Criador supremo el caudal

magotable de sus bienes. Los árboles mas bellos crecen en sus bosques al lado del cinamomo y del arbusto que produce la *yerba*. Sus campos están cubiertos de maiz y de tabaco, y por todas partes se encuentran montes espesos de limones, de naranjos y de plátanos que regalan frutos sabrosos y abundantes. Sus selvas y sus valles se presentan engalanados con flores preciosas que embalsaman el aire con sus aromas. Mil pajaritos de variados colores hacen resonar en los bosques el eco armonioso de su canto y mil cuadrúpedos enriquecen sus campos y pueblan las riberas de sus rios. Un sol brillante y activo anima á la naturaleza, la vivifica, la hace fecunda en toda clase de producciones y lleva la abundancia á todos los habitantes de aquel remoto y pintoresco país.

La Asuncion, ciudad capital y residencia del gobierno del Estado, ocupa una situacion deliciosa en la falda de un cerro cuya planta riega el rio Paraguay. Nada de notable existe en ella ni en templos, ni en otros edificios públicos. Las casas son sumamente sencillas y muy pocas tienen mas de un solo piso. El pavimento de las calles se encuentra tal como lo encontraron los conquistadores cuando fundaron esta ciudad, al ménos así lo hacen creer los profundos barrancos que se ven en todas ellas. Los paseos públicos, los monumentos y los demas objetos que embellecen otras ciudades y recrean á sus habitantes, son desconocidos en la Asuncion enteramente. Cerrado como ha estado el Paraguay durante treinta años al comercio, y alejado del trato con las demas naciones, no han tenido ocasion sus habitantes de adquirir usos que exigirían mejoras importantes en la capital de la república.

Pocos son los hijos del país que han salido para visitar lugares que puedan darles idea del movimiento que lleva á los Estados á su perfeccion y embellecimiento material, y ménos todavía los extranjeros que llegaron al Paraguay con voluntad y con medios de procurarlo.

Los mejores edificios que existen en la Asuncion, así como en todo el Paraguay, pertenecen á la época de los jesuitas y algunos que se ven en las provincias, por su grandeza y suntuosidad podrian figurar bien, no solamente en aquella capital sino en cualquiera de América ó de Europa. Dos citaremos aquí solamente y será el primero el templo y la mision de Jesus que los Padres dejaron incompleta al tiempo de su expulsion. La magnificencia de este edificio hace ver en el pensamiento de sus fundadores esa grandeza que cautiva la admiracion de las almas generosas. Los que contemplan esa majestuosa sucesion de pórticos, patios y columnas; los que admiran esos soberbios muros que desafian desnudos y en pié las tormentas y los aluviones, y los que no cesan de elogiar el primor y la maestría de las bóvedas y de los arcos que las sostienen, no ven simplemente lo material del edificio, ni admiran su armonia con las reglas del arte que lo dirigen; llevan su pensamiento hasta penetrar el de sus autores y en el inmenso libro que le abren tanta diligencia empleada, tantos materiales acopiados y tantos estudios hechos con tanta meditacion para llevar á cabo aquella obra, descubren claramente el plan que aquellos se propusieron. Una gran poblacion que, creciente cada dia, se agolpaba al rededor de la mision, una gran poblacion, repetimos, que pedia á sus directores con el pan

cotidiano la educacion y el trabajo, una gran sociedad fundada sobre bases cristianas y gobernada tambien por los principios estrictamente cristianos, una sociedad, en fin, en cuyo corazon ardia viva é inflamada la fe, deja ver fácilmente cuál fuese el fin que se propusieron los jesuitas al echar los cimientos de obras tan colosales y tan sorprendentes como la de Jesus. Al lado de este podremos colocar el templo y la mision de Santa Rosa que, inferior con mucho al de Jesus, excede sin embargo por su grandeza y por su ornato á cuantos otros existen en el Paraguay. Quien haya visitado estos edificios y observado la solidez de su arquitectura, la belleza de su forma, la elegancia de sus adornos, y la unidad admirable de su plan, y se remonte luego á la época en que fueron hechos, no podrá ménos de reconocer como muy avanzados en las artes á los hombres que los ejecutaron. Hoy, despues que ha pasado casi un siglo, cuando las artes han tomado un vuelo prodigioso y cuando los adelantos en la mecánica, en la arquitectura y en la maquinaria permiten construir obras que un siglo atras se habrian juzgado imposibles, en el Paraguay no se ha encontrado quien pudiese dirigir la construccion de un sencillo templo de una manera competente. Un siglo atras, sin embargo, habia allí arquitectos tan peritos que ejecutaban obras como la de Jesus y Santa Rosa! Cuando el entendimiento reflexiona sobre verdades como estas, no puede ménos de percibir claramente ese choque continuo á que está sometido el género humano en todos los países y bajo todos los climas de la tierra. Algunos hombres empeñados en hacer el bien empujan á los demas y aun á pesar suyo muchas ve-

ces, los hacen marchar adelante en la moral, en las artes, y en todo cuanto contribuye á su bienestar; mientras que otros, condenando la conducta noble y generosa de aquellos, trabajan por entronizar la barbarie sobre la civilizacion y persiguiendo á los verdaderos bienhechores del género humano, desean ver borradas las mas bellas obras que estos legaron á la tierra. Contemplando los suntuosos restos del Jesus, se comprende aquella verdad en toda su extension. Sobre los muros han crecido árboles que los arruinan; las bóvedas rotas soportan mil arbutos; el pavimento destinado á servir de templo á la Divinidad está trasformado en espesa selva; todo el trabajo de dilatados años pereció!...

Los enemigos de la Compañia, que no pueden negar los servicios relevantes que á la religion y á la sociedad prestaron los jesuitas en el Paraguay, forjaron contra ellos enormes calumnias para enajenarles la proteccion de los soberanos y el amor de los pueblos. Los jesuitas que convirtieron aquella region no eran, segun ellos, mas que especuladores que se enriquecian con la sustancia de los pueblos; no gobernaban á estos con leyes sancionadas por algun poder legítimo, sino que los tiranizaban á su antojo; predicaron alguna vez la rebelion y fueron sorprendidos capitaneando rebeldes y con armas en sus manos. Así hablan los que no se tomaron la molestia de consultar la historia genuina de la época á que se refieren aquellos hechos. Nosotros que los hemos conocido en las fuentes mas veridicas é imparciales, estamos muy distantes de suscribirlos y, al contrario, vivimos íntimamente convencidos de que el triunfo de los

calumniadores de los jesuitas del Paraguay que trabajaron por su extincion, causó la ruina moral y el completo retroceso de este pais digno de suerte mas feliz.

Gran ruido se metió maliciosamente con los sucesos del franciscano D. Fr. Bernardino de Cárdenas, obispo de la Asuncion. Se quiso exhibir á este como un verdadero mártir y hacer aparecer á los PP. de la Compañía de Jesus como sus perseguidores. Cuando las pasiones se han calmado, esos sucesos se han estimado de un modo diverso, porque han podido conocerse de la manera debida. Respetamos como el que mas la dignidad del obispo, y en el P. Cárdenas respetamos todavía su celo por la fe católica, y por eso encontramos tanto mas lamentable que los enemigos solapados de la causa católica le hiciesen servir de instrumento para dar pábulo á una persecucion mas que injusta, temeraria. El Paraguay, en la época á que nos referimos, organizado perfectamente por las constantes fatigas de los PP. de la Compañía, era el fruto codiciado de muchos especuladores. En sus ricos productos, en el carácter sencillo de sus habitantes y en el prestigio que les concedia su poder ó la amistad que les dispensaban ciertos hombres de posicion elevada, miraban la seguridad del inmenso lucro que se proponian conseguir. Mas los jesuitas, defensores vigilantes y celosos de los naturales; los jesuitas á quienes el rey de España habia confiado la administracion de los territorios de las misiones que fundaban ellos mismos en las regiones que reducian á la fe; los jesuitas, decimos, que con su política admirable habian fundado pueblos numerosos cuyas costumbres y leyes los constituían en

verdadera imitacion de la edad de los patriarcas, no podian permitir en sus Reducciones la presencia de ninguno que especulase con perjuicio de sus convertidos, ni que les defraudase un ápice de lo que justamente les pertenecia. El obispo Cárdenas veia esto de un modo diferente; queria que las Reducciones de la Compañía estuviesen abiertas para todos; queria que los especuladores traficasen en ellas como en los otros países, y quiso tambien ejercer actos de jurisdiccion sobre personas que no le estaban sujetas, como eran los jesuitas. Estos resistieron en conformidad de las leyes de la Iglesia que les inhiere de la autoridad de los obispos. La turba infinita de los que explotan las pasiones ajenas en beneficio propio y reportan ganancia de las revueltas, rodearon al obispo y le impulsaron á recurrir al poder civil para hacerse obedecer de individuos que el derecho declara exentos.

Entre las calumnias que forjaron contra los jesuitas sus enemigos, una fué que trabajaban por emancipar el Paraguay coronando un rey nacional tomado de la familia indígena que gobernaba las tribus al tiempo de la llegada de los españoles. En el suntuoso edificio del Jesus, veían estos el palacio real; en los naturales organizados en milicia activa por una cédula del rey de España, la fuerza que debia sostenerlo, y en los PP. de la Compañía los consejeros y ministros de la nueva monarquía. Los que conocen las circunstancias particulares que influían en el Paraguay en esa época, podrán avalorar debidamente aquellas imputaciones. La España y el Portugal pretendian tener derecho á ciertos territorios que

la primera creía pertenecerle, y en efecto conservaba su posesion. Estos territorios comprendian las misiones que la Compañía de Jesus tenia establecidas. ¿Puede alguno suponer que los autores de aquel proyecto se creyesen con fuerza para resistir á dos potencias cuyos elementos de guerra en el Nuevo Mundo eran formidables en aquella época? Careceria de sentido comun quien hoy juzgase así, sin estar animado de pasion alguna innoble. La fábula del proyecto de constituir con el Paraguay y con las misiones de Corrientes una monarquía, fué una de las imposturas que urdieron Pombal y el conde de Aranda para influir en el ánimo de monarcas débiles y arrastrarlos á obrar segun sus intenciones. Existia una verdadera maquinacion contra la Compañía de Jesus; habia una resolucion formal tomada por los hombres mas influyentes en la época para suprimirla. Ni estos ni sus adictos omitian medio alguno de cuantos podian contribuir á realizar su proyecto. No eran tan escrupulosos que no aprovecharan los que la conciencia veda; y la vida misma de personas inocentes no dejó de sacrificarse cuando llegó el caso de hacerlo, á trueque que aquel plan no quedase malogrado. Solo en estos antecedentes debemos buscar el origen de aquellas fábulas que rechazan la buena critica, la historia y la razon misma.

Cuando se trata de conocer hasta qué grado son felices los pueblos, no solamente debe tomarse en cuenta su situacion actual y los elementos que concurren para hacer esta mas ó ménos feliz, sino compararla con otras que atravesaron esos mismos pueblos durante su vida social. Algunos han creído un hermoso episodio lo

que se ha escrito sobre el gobierno de las misiones del Paraguay, que durante casi dos siglos estuvo administrado por los PP. de la Compañía. Tan bella y compacta se observa allí en efecto la accion cristiana, que sorprender pueda una sociedad formada no ya de muchos individuos, sino de muchas familias y aun de muchos pueblos, marchar de una manera tan perfecta bajo una ley cuyas bases son la abnegacion y el desprendimiento. Mas el hecho es que existió y que fueron felices todos cuantos á ella pertenecieron. Un escritor eminente, despues de recoger los interesantes pormenores de aquella república cristiana, ha dicho : « Bajo un gobierno tan paternal y tan análogo al genio sencillo del salvaje, ninguno se asombrará de que aquellos nuevos cristianos fuesen los mas puros y los mas felices de los hombres. El cambio de sus costumbres era un milagro obrado á la vista del Nuevo Mundo. Ese espíritu de crueldad y de venganza, ese abandono á los vicios mas groseros que caracterizan á las hordas indianas, se habian transformado en espíritu de paciencia y de castidad. Se juzgará de sus virtudes por lo que decia al rey Felipe V el obispo de Buenos Aires : « Señor, en estas tribus numerosas, compuestas de indios naturalmente inclinados á vicios de toda especie, hoy se encuentra tan grande inocencia que no creo se cometa allí ni un solo pecado grave (1). » Ni la filosofia pagana, ni las máximas del ateismo produjeron jamas tan bellos cuadros de felicidad social. Al cristianismo está reservado ese poder, pues él solo puede

(1) *Genie du christianisme*, chap. v.

influir directamente en el alma y en el corazón del hombre. Una cuestión fluye naturalmente de aquí. ¿Fue más feliz el Paraguay sometido al régimen de los jesuitas, ó lo ha sido después, cuando, proclamada su independencia, se ha gobernado por leyes y mandatarios instituidos por él mismo? Allí, cuando un religioso presidía en nombre de la fe una sociedad compuesta toda de familias cristianas y les inspiraba los principios necesarios para la conservación del orden social, reinaba entre todos los ciudadanos de esa república una perfecta armonía, los vicios rara vez aparecían, y cuando esto sucedía la reprobación general que recibían era el principal castigo que sufría el delincuente; la sumisión á la ley y á los que administraban la justicia en nombre de esta, era uniforme y, por consiguiente, los derechos de cada uno eran respetados religiosamente. Estos hombres eran instruidos por sus sacerdotes en los deberes cristianos y sociales; tenían escuelas donde sus hijos eran educados con esmero; tenían derecho para pedir que se les enseñase la profesión ó el arte á que su genio ó su carácter les inclinaba y esta nueva instrucción se les daba tan gratuitamente como la primera. El territorio de las misiones estaba cruzado por caminos practicables á toda clase de personas y cuya conservación se hacía por cuenta de la parroquia; los pueblos más lejanos podían comunicarse entre sí muy fácilmente. ¿Y son estas hoy las circunstancias del Paraguay? ¿Son aquellas las de sus habitantes? Vamos á verlo; los hechos lo dirán, nosotros referiremos lo que hemos observado; la respuesta dedúzcala cada cual.

CAPÍTULO XVI

Expulsión de la Compañía. — Abandono de las misiones. — Los pueblos de indígenas se disuelven á pesar de los esfuerzos del gobierno. — Observación á un literato brasileño. — La revolución. — Dictadura del doctor Francia. — Antecedentes de este individuo. — Los subterráneos del Hospital. — Lances que estremecen. — Extranjeros detenidos. — El Paraguay cerrado. — Ocupaciones permitidas á ciertas víctimas. — El paseo de la tarde. — Terror pánico de todos.

La expulsión de los jesuitas fue el principio de una era de calamidades, de contratiempo y de ruina para el Paraguay. Los que nada buscaban persiguiendo á los jesuitas fuera de sus propios intereses, no lograron su objeto, porque esos tesoros que suponían acopiados en las arcas de los misioneros, no existían sino en ciertas imaginaciones exaltadas y crédulas á la vez. Los que veían abrirse para sus especulaciones nuevas regiones que les habrían de reportar ganancias desmedidas, encontraron burladas sus esperanzas por el carácter de los indígenas que les hizo alejarse de los pueblos y renunciar al trabajo y al comercio cuando les faltó el estímulo de sus misioneros, y los hombres de la administración, en fin, que